



EDITORIAL. REVISTA VIRTUAL REDIPE: AÑO 7 VOLUMEN 6

RECIBIDO EL 20 DE MARZO DE 2018 - ACEPTADO EL 12 DE ABRIL DE 2018

Educación es una aventura

Pedro Ortega Ruiz

Director de Ripal, Red Internacional de Pedagogía de la alteridad, Redipe

Pedro Ortega RuizComité de Calidad Redipe¹

La tarea de educar es, por naturaleza, una aventura. Desconocemos el punto de partida y el punto de llegada. El conocimiento del ser humano se nos escapa como el agua entre los dedos de la mano. Nunca podremos afirmar con rotundidad que el niño, adolescente, joven o adulto que tenemos entre manos es objeto de un conocimiento acabado. Son tantas las variables que intervienen en la configuración de la personalidad de cada ser humano que nos resulta inaccesible en su totalidad. Podemos acercarnos a un “cierto” conocimiento y hacer conjeturas en base al mismo, asumiendo el riesgo de fundar una actuación educativa sobre una base no segura. Y a pesar de todo nos “atrevemos” a educar. Pero de ¿cuántas actuaciones educativas nos sentimos seguros, y no por ello dejamos de actuar?

Nos movemos siempre en la incertidumbre. *Esta es nuestra condición*. Nos vemos obligados, no pocas veces, a desandar un camino que nos parecía seguro, que nos auguraba el éxito. Vana

esperanza. En los humanos no hay trayecto libre de riesgos, de error, de fracaso. Nada se nos da por hecho de antemano. Todo está por hacer, como el mismo hombre. Lleva razón Ortega y Gasset cuando afirma que la vida es un “quehacer”, una tarea arriesgada. Y si es así, la tarea de educar se nos presenta arriesgada, incierta. El educando es un desconocido, es inabarcable para el educador. Acercarse a él, con la voluntad de ayudarlo en la construcción de su proyecto de vida, requiere una actitud de respeto, de cuidado para no violentar, ni entorpecer “su” camino como forma original de realizar su existencia. La educación encierra un misterio. Nos es desconocido el barro que tenemos entre nuestras manos, y que debemos moldear, pero no a nuestra imagen, sino atendiendo a los intereses y necesidades del educando. Apenas si barruntamos lo que quiere y piensa, cuál es su historia familiar que nos podría ayudar a “entender” qué es lo que hay detrás de sus preferencias, sus dificultades y aspiraciones. Los educadores nos vemos obligados a sembrar en un terreno que no nos garantiza una buena cosecha. Sembramos en la esperanza y la incertidumbre. Y no puede ser de otra manera mientras el sujeto de la educación sea el ser humano, siempre contingente y libre.

1 Director Red Internacional de Pedagogía de La Alteridad, REDIPE. ortega@um.es



Por ello, la tarea de educar acontece siempre en el misterio, en lo desconocido. Nos encontramos, no pocas veces, con resultados imprevistos, que no responden en absoluto a una actuación programada. El educando escoge, no pocas veces, su propio camino sin que nos sea posible interferir en el mismo. La educación es incierta y arriesgada por naturaleza.

Sorprende leer ciertos relatos de supuestos pedagogos que se muestran seguros de sus recetas. Se atreven a programar, hasta en los más mínimos detalles, actuaciones educativas que, supuestamente, producirán el milagro de unos resultados anticipados. Y así hablan de planificación, control, evaluación, programación... como si de un proceso industrial se tratara. Desconocen que el ser humano, cada educando que tienen delante, se resiste a ese pretendido control. No tienen en cuenta que el ser humano es único, irrepetible, y que es un ser de sorpresas. No cabe, por tanto, una educación uniformada, igual para todos, planificada de antemano en todos los momentos del proceso. La pedagogía, basada en la *racionalidad tecnológica*, ha llevado a los educadores a unos modelos educativos que se apartan de lo que es el hombre por naturaleza y de sus relaciones con los demás. Ponen de manifiesto una preocupante carencia antropológica y ética que dificulta una educación con *rostro humano*.

No hay educación sin ética. Pero la ética es una respuesta compasiva al otro concreto necesitado. No es la respuesta a un ser ideal, sino a un individuo histórico, singular. Tampoco la educación, como la ética, contempla seres idealizados, perdidos en el mundo de las bellas ideas, sino a individuos condicionados por su contexto socio-histórico, por su circunstancia. Y entonces, no cabe la uniformidad en educación, ni la generalización de resultados en los procesos educativos. No deberíamos, por tanto, estar preocupados por la científicidad de la pedagogía. La cuestión epistemológica no es el reto más

urgente que deben abordar los pedagogos, sino cómo afrontar, desde la educación, los grandes problemas que afectan a la vida de millones de seres humanos. Éste sí es el reto urgente que no admite demora. No definiendo una actuación educativa descontrolada, arbitraria, basada en ocurrencias, sin elementos de racionalidad. Propugno una acción educativa “cargada de razón”. Pero estoy seguro de que mis “razones” son muy distintas de aquellas que se defienden desde otras tribunas. Habríamos de entender la educación dentro de parámetros racionales en los que necesariamente tiene cabida la incertidumbre, la contingencia y la sorpresa. El material humano con el que se trabaja en educación no permite hacer cosas seguras, libres de cualquier contingencia. Detrás del modelo educativo de la racionalidad tecnológica está la conquista del homo oeconomicus, technologicus, llamado al éxito en una sociedad que sólo persigue el rendimiento económico a costa de destruir las relaciones interpersonales e instaurar en ella la frialdad y la desconfianza, como afirma Adorno.

Es preocupante el desconocimiento generalizado del profesorado, en todos los niveles del sistema educativo, de los supuestos implícitos desde los que pretenden educar. Suelen prestarse a esta tarea desde la “inocencia” y la ingenuidad de quien supone que todo está dirigido al bien del educando y de la sociedad. Y no siempre es así. La escuela es una herramienta poderosa que puede servir para humanizar o para esclavizar y someter. Estar atento al otro (educando), escucharle y acogerlo, acompañarlo en la aventura de la construcción de “su” proyecto de vida es compartir con el otro el “quehacer” de vivir. Ello implica entender al hombre como un nómada, no instalado definitivamente, con más preguntas por hacer que respuestas seguras por dar. Implica ayudar, desde la propia incertidumbre, a que el otro recorra su propio camino sin la certeza de alcanzar el destino buscado. Educar es la aventura más



apasionante que el ser humano podía soñar:
asistir al nacimiento de una nueva criatura por la
que el mundo se renueva sin cesar, como afirma
H. Arendt. Y nacer siempre entraña un riesgo.
Es una aventura, como la educación.

Murcia, abril de 2018

Pedro Ortega Ruiz

Director de RIPAL